

MARTA SANZ

*pequeñas
mujeres rojas*



Paula Quiñones llega a Azafrán para localizar fosas de la guerra civil. Mantendrá correspondencia con Luz (suegra de Zarco, el detective tan poco convencional que conocemos de *Black, black, black* y de *Un buen detective no se casa jamás*, cuarentón y gay, exmarido de Paula a la que contará sus amores con David Beato), descubrirá sus temores respecto a la existencia de un delator y relatará las leyendas familiares.

Al mismo tiempo, Analía, madre de David, cuida amorosamente de Jesús Beato, dulce patriarca que acaba de cumplir un siglo, y atiende a los mensajes que este le sopla al oído... Pronto, una atmósfera gelatinosa y endogámica amenaza con aplastar a Paula: el wéstern expresionista se enturbia hasta llegar al extremo de un terror habitado por animales que podrían hablar, pero permanecen mudos; una niña que quiso ser cantante y peona caminera; y una legión de fantasmagóricos niños perdidos y mujeres muertas...

*Para mis amigas Sara Mesa y Edurne Portela, por las que
me siento acompañada y a quienes siempre quiero tener
cerca.*

SOE

En la pared el rapto de las sabinas
ocre y verde, desconchadas
marcas de humedad, raídos
tapizados de damasco clareados por el sol
tardío en el balcón de hierro blanco
por el polvo
subían de la calle
el rumor y el tufido de las fritangas,
cabezas de corderos ciegos, pinchitos
de chorizo, papas asadas, pimienta,
mujeres en traje de chaqueta hablaban
de la busca, alguien arrancaba
un timbrazo único de aquella puerta
de cristal opaco —lavajes-gomas-
sífilis— las muchachas reían en la esquina
las dos o tres palabras del albañil
—restauraban la fachada de un bar
casa Manolo— invitándolas a un carajillo
entonces alguna mujer bostezaba, alguien
comentaba la desusada tardanza del doctor,
las hemorroides no sentaban a gusto
a la mujer ballena que abría la sonrisa,
antes en Cueva de Vera, cuando parecía
una rosa sin oler, jamás supuso padecer
un mal tan malo, señor, los médicos
matan, y esos del seguro no cobran
lo suficiente para matar con formalidades
piadosas —señora, tiempo ha que no la veo
siempre tan bella, doña Leonor, con Dios,
por Dios, no hacía falta, el puro—
en el pueblo un conejo, una gallina, entonces
criaba su padre en el corral hasta corderos
y los girasoles se burlaban del sol ahora,
a esta hora del crepúsculo, él volvía
del esparto o de salinas de Terreros, lejos
casi en Murcia, ahora peón de la construcción
sindicado, naturalmente, el mayor trabaja
en Pueblo Nuevo y el pequeño jugaba
conmigo a marines americanos, Todos

a una, anunciaba el cartel del cine Edén,
 algo más lejos, junto al bar, mal llamado Bar
 de las Putas Francesas, relleno de putas nacionales
 con permanentes aceitosas y avinagradas, hechas
 por una peluquera siempre o casi siempre
 llamada Pepita, a punto de casarse, manos
 de oro, hoy las peluqueras se forran
 las batas blancas de duros duros en papel
 pringoso, antes de la guerra había moneda
 metálica, se llevaron el oro, los dos hombres
 se miraban, antes de la guerra, antes de la guerra
 en el frente me mataron un hermano los rojos,
 el otro manoseaba la cartilla de asegurado.
 SOE, todos sufrimos, todos matamos, alguien
 recordaba una prima lejana deshonrada,
 los moros, tosía, tosía, el pañuelo, sangre,
 las madres nos hacían salir al descansillo,
 miraban el aire con temor, dicen que basta el aire
 y no se entiende cómo van sueltos por la calle
 los tuberculosos

somos los tuberculosos
 los que más los que más nos divertimos
 y en todas nuestras reuniones
 arrojamos, arrojamos y escupimos
 llegaba
 el doctor con cara de incandescente ser planetario
 poseía el bien y el mal en un maletín negro,
 ¿Qué hora es? alguien inusitadamente contestaba mil
 novecientos cuarenta y ocho, nos miraba, miraba
 el reloj, decía, mil novecientos cuarenta y ocho

volvían a hacernos salir al descansillo y a veces
 la pregunta de alguna mujer oscurecida u hombres
 de trajes bicolors, sin corbata, nos hacían vagamente
 importantes, sí, aquella puerta, el Seguro Obligatorio
 de Enfermedad, obligatoria enfermedad, no lo sabíamos
 entonces, siquiera cuando el médico extendía el volante
 para los rayos equis, miraba de reojo aquella mancha
 de aceite en la cartilla y nuestra madre enrojecía
 nos daba un cachete y musitaba —estos niños, estos niños

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN,

Una educación sentimental, 1967

CON NUESTROS TIRACHINAS (LEA DESPACIO)

Nosotros éramos oriundos y también éramos de otra parte. Somos los niños perdidos y las mujeres muertas. Dios no existe —damos fe de ello— y nosotros aquí andamos siempre sonrientes.

Sabemos un montón de cosas. Sabemos que los recuerdos de Paula no pertenecen a este lugar. ¿Por qué llega entonces a este pueblucho para ocuparse de las tareas sucias, desenterrar los huesos muertos —hablamos metafóricamente—, reavivar los odios de una fogata en la que nos quemamos para regenerarnos de noche y al siguiente día volver a arder?, ¿por qué viene Paula a profundizar, desde un átomo, en la fosa, ensanchándola para después desinfectarla con cal viva como una jardinera que solo cultiva crisantemos o una limpiadora por horas?, ¿por qué quiere ponerles nombre a los despojos?, ¿quiere Paula purgar sus incógnitas culpas como los que cebaban al cerdo de San Antón y después lo embuchaban sin lavarse las manos?, ¿está aburrida?, ¿cuál es el país de Paula?, ¿y su pecado?, ¿qué filiación la lleva a estropearse las uñas contra el terrizo y a llenarse de arenilla los bronquios mientras intenta limpiar la quijada de un hombre, probablemente bueno, que habitó durante un instante esta tierra y después se la comió para siempre? Siento el cosquilleo de sus pincelitos en mi mandíbula. ¿Quién se come a quién?, ¿la tierra al hombre, a las mujeres, o el hombre —las mujeres— a la tierra? Para esta

última pregunta, no tenemos contestación y esta ignorancia resulta tan irónica...

Existen las patatas, los colinabos y otros tubérculos que nacen, se desarrollan y a veces mueren entre lombrices y abonos químicos. Entre los molares del vegano y la vegana. Intentamos usar un género inclusivo, ser cosméticamente plurales, animalistas, proteger a los más débiles porque nosotros también cogimos el palito más corto... Dudamos de poderlo conseguir. No tenemos tanta fuerza y quizá sea mejor que, desde ya, bajemos los brazos en un gesto de renuncia. Hemos llegado hasta aquí incluso por algo que va más allá de los juegos y las jaulas de los nombres. Los epicenos y los hermafroditas.

Así que ¿resucitará Paula a los muertos y verá cómo se levantan cogidos de la mano para devorar pan ácimo, y buscar su casa y a esos descendientes que tienen sus mismos ojos, iguales marcas, rosetones, cáscaras de nuez sobre la areola, los mismos gramos de carne colgante en el lóbulo de la oreja, idéntico filo aguileño en el caballete de la nariz? Nosotros somos los niños perdidos y las mujeres muertas: puede que Paula nos ayude a crecer. Crecer es saber cómo te llamas porque lo dice la losa que te han echado encima. Nosotros velaremos a Paula para que no se parta por la mitad, como bebé salomónico, cuando los muertos tiren de uno de sus brazos y los vivos tiren del otro. O distintos tipos de muertos y de vivos quieran desollarla. Porque Paula va a meter su patita de coja donde no debería. Nosotros velaremos, para que no la destrocen. Tiraremos de ella hacia arriba y desde allí la veremos o le hablaremos en los duermevelas con palabras que de día pueda recordar justo después de haberse tomado el café y los mantecados. La observaremos desde arriba o entre los surcos de la tierra, junto a las hormigas rojas y los gusanos que sirven para cebar los anzuelos con que pescar en el río. La protegeremos como ángeles guardianes, con nuestros tirachinas, porque Paula es dama generosa que viene a llenar-

se los ojos de molido excremento de conejo, de ausentes y putrefacciones de los que no guarda recuerdo alguno. Filantropía, aburrimiento, trabajos manuales, ganas de adelgazar, amor omnímodo...

Los recuerdos de Paula son de una casa que costaba mucho calentar en invierno, los cuernos de la televisión con dos canales y sus mandos para encender y apagar, el *on* y el *off*, el volumen, el contraste y otra rosca, peligrosísima, que si se giraba sin tino llenaba la pantalla de imágenes que se escapaban deprisa, como vertiginosas páginas que no se puede leer, hasta que se perdían y deformaban *El conde de Montecristo*, los concursos, la Familia Telerín. Una casa con fresquera por la que se filtraba el olor de pucheros hirviendo, viandas de mercados citadinos, nada muy fresco ni recién sacrificado —más sabrosos son el tasajo y la carne amojamada—. Una casa con catalítica, bolsa de agua caliente, batita infantil de boatiné y zapatillas de cuadros para no poner nunca la planta de los pies en el suelo al levantarse. Allí Paula jugaba con los vecinos a las series de televisión y apretaba demasiado el lápiz contra la hoja de las caligrafías Rubio. Después, no se borra con la goma el surco del trazo ni la suciedad. Una casa en una ciudad donde los niños —al menos los que ella conocía— no tenían que trabajar, ni sabían hacer sumas y restas de cabeza ni cuál era el mejor momento para salir a cazar ranas, apaleaer perros de ojos pedigüenos o, si el padre no está vigilando, desca-bezar gallinas para verlas correr como unas locas, pechuga y alas, de un lado a otro...

También es cierto que, contemplado desde otro punto de vista, la nariz de Paula —recortada, chatilla, perdiguera— no había gozado de la eclosión primaveral o de los pinos que huelen tan bien cuando se calientan al sol. Pero conocía los aromas de los ambientadores de los cines y de las lociones alcohólicas para matar los piojos y de las gomas de nata. El aroma de la fermentación en la bodega del barrio donde entraba a rellenar con vino una botella de ga-

seosa para calentar el estómago de su abuelo. Después, el abuelo le contaba a la nieta la historia del tiro que recibió justito en la cabeza del fémur: la bala por la que se licenció pronto y se transformó en hombre metálico como el muñeco de lata de *El mago de Oz*. También le relataba a la nieta la historia de la hermana a la que purgaron con ricino. Y la de los niños que se subían a los trenes. Y la de los hombres metidos en armarios o en sobraos. La de estanqueros delatores y cunetas llenas de cadáveres. Paula habría preferido que en su casa se guardasen más secretillos y momentos culminantes de la historia, pero allí eran todo confesiones, cuentas claras, chocolate espeso. Un lugar en el que forjar la conciencia también con los seriales radiofónicos. No me cantes otra vez la misma canción. El pepino vuelve a la boca desde el fondo del gazpacho. Pues vaya aburrimiento. Una monotonía semejante a la de ir recitando las tablas de multiplicar. Después, la abuela le colocaba las manitas y, juntas, rezaban: «Ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes sola ni de noche ni de día...». Esos misterios eran más del gusto de Paula que la precisión de un balazo.

Luego los pájaros le volaron de la cabeza. Estudió números. Se casó con un loco o con un ser contra natura que, con su sola mención, hace que aquí abajo algunos guiñemos el ojo —de cara y de culo— y otros nos persignemos. Para ciertas cosas aún no estamos bien educados. Confundimos a los maricones con los mariquitas, la homosexualidad con la pedofilia, el travestismo con el afeminamiento, a la machorras con las brujas, la criminalidad con el amor de Aristóteles por sus discípulos y de Alejandro Magno por sus compañeros de batalla. Aquí algunos lo lamentamos mucho y a otros nos da absolutamente igual. Paula Quiñones, nieta de Manuel, compañero superviviente de acribillado fémur, se casó con un centauro y un fabulador. Arturo Zarco, dulce compañía. Despistado ángel de la guarda. Atareado bujarrón. Pauli aterrizó abruptamente desde el nimbo romántico de su sueño rosicler sin contar con la amorti-

guación de nuestra alfombra de nubes. Sin nuestras precauciones. Esponjosas alas de ángel y red de los trapezistas cautos.

A Paula no le interesaban tanto las historias de su abuelo como las de las princesas y los genios orientales de la lámpara, pero cada frase de Manuel se le quedó dentro, sin que ella se diese cuenta, y la transformó en una coja idealista y acaso filantrópica. Todo lo que sabe Paula lo sabe por boca ajena, historias de las que se distancia, del mismo modo científico, casi quirúrgico, en que se distancia de este lugar: no puede quedarse aquí prendida como si no estuvieran sucediendo otras catástrofes en otros mundos. Vigilaremos a Paula, la protegeremos, tal vez le hablemos, mientras está soñando, con voces que se acoplan como el sonido a los micrófonos, remotas voces que se metalizan por nuestros agujeros de bala, voces azules como nuestros dedos al principio, pero voces que serán sobre todo rojas como el pimiento morrón. Voces rojas, amarillas, moradas: amapolas, retamas, lavandas que iluminan amarronadas praderas; Paula nos verá, en el sueño: somos una cuadrilla de jóvenes borrachos, bastante sucios y con las orejas de soplillo, que se aguantan los unos a los otros, por los hombros y los sobacos, para no caerse. Velaremos por Paula — no servirá de mucho— porque nunca creímos en Dios — blasfemábamos a cada instante y nos santiguábamos por costumbre—, pero sí en los espíritus benefactores y en los fantasmas domésticos que, debajo de las sombras del hogar, son percibidos por las pupilas-radar dilatadas de nuestras mascotas fieles. Nosotros somos su perro perdido y su abuelo de hojalata, aunque tuvimos menor fortuna, y estamos bastante seguros de que, al extraer nuestros huesos de la arcilla seca, como quien saca una esquirla de la piel o una bala del tabique en el que se incrustó, Paula no hará pucheros ni contará nuestra historia poniéndonos un marco. No queremos que nos brillanten como a los santos de las procesiones: éramos los buenos —de eso no hay ningun-

na duda—, pero teníamos vicios e ignorancias. Algunos ni siquiera éramos hermosos. Somos los niños perdidos, los que no crecen nunca. También, entre el barro, vislumbramos cuerpos de mujeres, aunque aquí ya no importe lo que somos los unos y las otras, y practiquemos de un modo involuntario todo tipo de cópulas, profanación y licuefacciones. No buscamos compasión ni regalías. Pero nos compadecemos de nuestros hijos, que se van haciendo más viejos de lo que nunca nosotros llegamos a ser, y aún no guardan ni una molécula de ceniza, ni un dedito de Hansel, para dejar caer al fondo de esa urna funeraria que hace demasiado tiempo lleva escrito nuestro nombre. Ignoran nuestra dirección.

Cuando viaja, Paula no escucha música, sino la conversación de otros viajeros o las respiraciones de los que duermen. Ella a ratos también cierra los ojos. La hemos visto. Se aísla, pero es un aislamiento sin cristales antibalas, sin mecánica interpuesta. No lleva auriculares ni usa los videojuegos de su teléfono móvil. A nosotros nos encantaría poseer uno y saltar a otra pantalla. Tenemos la impresión de que el vidrio encierra el agua. De que el dispositivo es una pecera, pero aún no disponemos de datos suficientes para asegurarlo. Paula no lee un libro. Su isla es una isla que fácilmente podría asaltarse con un bote de remos.

Cuando el autobús abandona la autopista y se desvía por la carretera comarcal, ella no puede apartar los ojos del paisaje. El autobús atraviesa dos pueblos en los que ni una sola persona camina sobre los solares de terrizo o se asoma a las ventanas. A derecha y a izquierda de la carretera, terneros encajonados entre láminas, probablemente de un delgado metal, practican el único movimiento posible: agachar la testuz para comer. Terneros estabulados y porquerizas. A la entrada del pueblo, cabecera de comarca, un ramo de flores quemadas por el calor del asfalto es la ofrenda que la ancianísima hija de uno de nosotros ata al quitamiedos para señalar el punto en que posiblemente se

amontonan los huesos de su madre. Osarios mixtos. O quizá las flores conmemoran el desnucamiento de un motorista que volvía a casa después de haberse peleado con la novia. Una lápida con los mismos apellidos de siempre —Cordero y Beato, Beato y Cordero, Cabrerizo y Ríos, Ríos y Beato— relucirá, nueva, en el camposanto. Los judíos conversos —los cristianos impecables— cebaron muchos cerdos para regalárselos al cura. Nosotros somos ellos, aunque no nos demos cuenta. Cristianos nuevos, niños y niñas, señoras y señores, gente que quiere olvidar lo que fue porque lo que fue le duele o no le dejan serlo. Gente que olvida para purificarse o porque le falta valor. Hermanos disfrazados entre una multitud de hermanos disfrazados. Dejémoslo estar, hoy, aunque sentimos las tibias más húmedas que nunca, no nos apetece discutir. Vence la galbana. El amodorramiento al que, como mínimo, tenemos derecho.

Ciertas personas se habrían detenido en el bello contraste de la efímera amapola con la flor de jara, en la ondulación florentina de un paisaje acariciado —en realidad, golpeado— por hombres y mujeres fuertes. A Paula, los terneros, la vejez de las flores quemadas por el sol, los pueblos vacíos, le llegan a lo más hondo. Más que cada uno de los huesos que irá desenterrando. Nuestras falanges, nuestros cráneos, nuestros descatalogados fémures dejarán de pertenecer al hoyo y al montículo, a su misteriosa nutrición, y podrán ser enterrados en algún lugar donde se nos homenajee y nos coloquen coronas otra vez rojas, amarillas y moradas. Dejaremos de ser materia para transformarnos en espíritu, aunque esas metamorfosis nunca hayan alimentado nuestra filosofía. Que sea solo un minuto y que, después, podamos seguir como si tal cosa. Partículas perdidas en el aire, imprescindibles criaturas para la polinización de las flores cuando todas las abejas hayan muerto. Electrocutadas o ahítas de cianuro.

Paula mira por la ventanilla, le sobrecoge el panorama, los animales, las manchas de aceite de los accidentes de

tráfico, los bidones para almacenar el pienso, las balas de paja, el olor a marrano. Impresiones que Paula recibe en el autobús de línea y en el taxi que coge después para llegar a este lugar en el que hoy se refugian algunos artistas de los que desconfiamos mucho. También aquí viven los que huyen, como siempre, del mundanal ruido y de ese teléfono móvil que nos encandila cada vez que alguien lo usa vertiginosamente. Los niños perdidos —en este punto la mayoría de las mujeres muertas prefiere inhibirse— pensamos que siempre hubo imbéciles y hombres contra natura —a quién puede no gustarle una buena pechuga, un bamboleo— mientras el taxista no habla. Paula llega, paga y da propina. Nada más bajarse del vehículo, la mujer prevé los problemas que podrían paralizarla —¡Pies quietos!— en la plaza de este pueblucho situado sobre un montículo que parece la chepita de un anciano. Paula nombra sus errores: la necesidad de un sombrero, la inoportunidad del minishort y la cojera —sobre todas las cosas, y sin embargo a nosotros el vaivén nos resulta encantador, la presión desacompañadamente rítmica de las piernas—, el ruido de los ruedines de su equipaje, la exuberancia desigual de sus muslos, el delgadito y el otro...

Hombres piadosos o aviesos juegan a las cartas en el bar a las cuatro en punto. Paula no llega a este lugar con una maleta de cartón. No ha prendido al hilo de su camisa la una banderita republicana ni guarda una guitarra en una funda de cuadros. No busca a un pariente próximo. Tampoco trae una visera y ese sí que es un olvido imperdonable, porque la gota gorda le resbala por la frente mientras recorre la calle principal del pueblo. Pese a sus pantalones cortos, cree que la cojera la salvará de las miradas de los hombres. Se confunde, porque aquí ya no quedan ni hombres del campo ni avidez sexual, y sobran pares de muslos de mujeres, de magníficas jamonas o de fibrosas ciclistas, también de niñas que no comen demasiado y los fines de semana llegan a esta paramera para practicar ecoturismo, ba-

ñarse en la piscina, buscar niscalos en el pinar si es temporada o fingir que mordisquean torreznos y queso en aceite. «¡Huy, qué rico!», dicen las mentirosas escupiendo el bolo untuoso bajo la barra. Los hombres de cualquier parte no necesitan reparar en los muslos pétreos, en la antípoda de la gelatina, en la cera abrillantada de las estrellas de la televisión o del cine. Lo que sí se queda dentro de los hombres que a esa hora juegan —dominó, julepe, mus—, lo que permanecerá imborrable en sus pupilas, contraídas por el café o dilatadas por el licor, es el suave cojear de una mujer joven que arrastra una maletita de ruedas, como las de las azafatas, con el pelo largo y castaño —será crin— recogido en un descuidado moño. Los hombres de los bares miran de refilón, como si no mirasen, y ya han grabado en sus registros de memoria a la coja guapa que despierta la sonrisa torcida de unos y un pensamiento de conmiseración en otros. En los peores.

Es verano. A lo lejos se escucha el chapoteo y los gritos de la piscina municipal. Huele a cochiguera y cloro. Paula ha bajado del taxi. Viene a desenterrar huesos. Dijimos que sus pincelitos nos cosquilleaban la mandíbula, pero esa frase era expresión de un deseo —hace tanto que no nos afeitamos— o licencia poética. Las horas muertas y la generosa compañía del sempiterno maestro fusilado han hecho de nosotros auténticos eruditos. No. Paula viene a hacer preguntas para desenterrar huesos. No. Viene a ser la chica del wéstern, como sentenciaría el detective —inepto Arturo Zarco— después de mirarla una vez y dejarla abandonada. Registramos la secuencia de acciones de la coja al poner el pie sano en este lugar sin fundadores. Seremos también su dulce compañía. Una más atenta que la del detective bujarrón. No la abandonaremos ni de noche ni de día. Somos los niños perdidos y las mujeres muertas que le acariciaremos los labios y le provocaremos sed, angustia, calambres, cuando lleguen los peligros. Nuestra ayuda no le servirá de gran cosa.